

CULTURA Y DEMAGOGIA

Por José Luis Colomer

Título: «L'Etat culturel. Essai sur une religion moderne».

Autor: Marc Fumaroli.

Editorial: Editions de Fallois, París 1991, 305 pp.

Precio: 125 Ff.



Marc Fumaroli

L'Etat culturel

Essai sur une religion moderne

Éditions de Fallois
PARIS

HACE ya tiempo que el autor de este libro viene llamando la atención sobre una inquietante enfermedad de la vida francesa. Sus calas sucesivas en los males de la cultura de masas están en la memoria de los lectores de la revista arriana *Commentaire*, pero también los que leen las páginas de opinión de *Le Monde* o *Le Figaro* conocen su pluma elegante y mordaz. Con los años, las facetas de la crítica periodística han

tomado forma global, y así este ensayo viene a ser la consecuencia esperable de una reflexión dispersa, aunque constante, recogida ahora en un contundente y a buen seguro polémico *l'ac-case* contra diez años de política cultural socialista.

Profesor del Collège de France, Marc Fumaroli llega a la historia de las ideas estéticas por la vía de los estudios retóricos y del teatro clásico francés. Sin duda la erudición exigente y el rigor de la crítica literaria han contagiado su observación de la realidad, demasiado aguda para contentarse con la pura actualidad sociológica. De ahí que, aun no dirigiéndose a un público de especialistas, resulte fácil advertir en su aproximación a los hechos la disciplina del estudioso universitario, siempre atento a indagar las causas con mirada retrospectiva. Quizá resida ahí uno de los mayores aciertos de este libro, que no sacrifica la memoria histórica al tema del momento.

Intervencionismo

Como panorama de un paisaje que luego veremos de cerca, comienza Fumaroli por un diagnóstico implacable del *Estado cultural*, o, si se quiere, de ese nefasto matrimonio de poder y cultura que a su modo de ver ha ido comprometiendo cada vez más las artes y las letras francesas, confundidas hoy con la diversión a gusto de todos y convertidas en un eficaz instrumento de propaganda. Pero si en su complicidad con los grandes medios de comunicación nos parece nueva, la cultura de Estado remonta en sus orígenes a fe-

chas menos recientes. Fumaroli invoca como modelo el *Kulturkampf* bismarckiano, en el que se fijarán luego Lenin y Hitler, y dedica a continuación dos capítulos a sendas experiencias francesas de intervencionismo en este campo: el Frente Popular, todavía prudente y respetuoso de las libertades individuales, y sobre todo la creación por De Gaulle en 1959 del Ministerio de Asuntos Culturales con André Malraux al frente. A éste van dirigidas algunas de las páginas más virulentas del ensayo, como último responsable de una idea de cultura de masas que es enemiga de la auténtica democracia liberal. Malraux, a ojos de Fumaroli, carecía de talante liberal, y de su *prêt-à-porter* cultural resulta, en gran medida, la confusión contemporánea entre la creación artística y el reparto de mercancías.

El retrato del monstruo estatal cultural, en sus diversas manifestaciones, llena el cuerpo central del libro. Son capítulos de intensa actualidad, en los que más de una vez se apela al mito o a la fábula antiguas para ilustrar con mayor vivacidad las paradojas de una política cultural que pretende despertar al *creador* que duerme en cada uno de los ciudadanos, sin atender antes a las condiciones que garantizan la verdadera actividad intelectual y artística, o bien para poner de relieve el consentimiento de una Francia que se transforma en gigantesco parque de atracciones «culturales» —Centro Pompidou, Pirámide del Louvre, Ópera de la Bastilla, *Très Grande Bibliothèque*— «cada vez más atractivo para el turismo de masas, pero a la larga cada vez menos acogedor para los amigos de la reflexión, de la invención y del recogimiento» (p. 141).

Supermercado

El tono jocoso alterna con pasajes que sentencian con gravedad la pretendida modernidad

de un Estado que se obstina en someter la calidad a la cantidad, la minoría de *amateurs* a la masa de telespectadores. Fumaroli lanza sus ataques más duros contra una cultura que poco tiene que ver con el desarrollo personal, y mucho más con la manipulación sociológica, al convertirse la administración de una especie de «ventrilocuo de movimientos intestinales» (p. 176): *rock, rap, tag, comics...* Todo es cultural, todo es susceptible de subvención a cargo de un Estado-providencia que ve en la cultura el sustituto ideal de la religión para los tiempos de la sociedad de consumo. La nueva religión oficial tiene su teólogo en Jack Lang, su pontífice en Mitterrand y su Kremlin en un posposmo ministerio «de la Cultura, la Comunicación, el Bicentenario y las Grandes Obras». Cuenta con una televisión controlada por el poder y acorde con su ideología estética; con fastos conmemorativos y un calendario de fiestas anuales, tales como la *Journée des portes ouvertes*, la *Fournée de lire*, la *Ruée vers l'Art*, la *Fête de la musique*, al encuentro de la demanda de un público deseoso de llenar su tiempo libre.

Nada más aborrecible para el autor que este supermercado de la cultura, esta cultura de carnaval (p. 143), que tiende a hacer de Francia un Las Vegas del ocio europeo —léanse al respecto algunas de las páginas más divertidas de un libro que va de la ironía al humor negro—, y de París la metrópolis mundial de la modernidad. Siguiendo una vez más los pasos de Tocqueville, al que cita a menudo, Fumaroli insiste en la idea de que una democracia liberal tiene por principal enemigo a tales *culturas* de masa. En efecto, nos parece escuchar el eco de *La Democracia en América* al leer: «La verdadera cultura es Udo. Como nosotros, soy yo. No es el Estado» (p. 269). Y la labor de éste no debe consistir en aplastar a las minorías bajo el peso de la mayoría, ni en sacrificar a abstracciones sociológicas

tales como el *consumidor* o el *turista* la realidad sensible de las vocaciones privadas, ni las elecciones del talento y del gusto personales.

Educación

La conclusión toma más que nunca aires de manifiesto con la defensa de la educación en su sentido más noble, aquella que imparte las disciplinas del espíritu, es decir, las *artes liberales* que han constituido la esencia de la civilización europea y el fundamento de la moral, el derecho y la ciencia que articulan la sociedad contemporánea. Para Fumaroli, es éste el capital histórico que Francia debe explotar para mantener el rango que le corresponde en el mundo. A una Europa de la cultura de consumo y de gran espectáculo de masas o pone, en fin, una Europa del espíritu.

Cabe preguntarse si, tras la lectura de este fulminante alegato, los tecnócratas de la «Cultura» oficial seguirán atreviéndose a emplear este doble término en su acepción polivalente y degradada. A juzgar por el eco que está teniendo desde su aparición reciente, al menos este libro le habrá fijado las comillas del recelo y de la alarma en los medios de las letras y el pensamiento en Francia. Como el Rousseau del *Discours sur les sciences et les arts* y de la *Lettre à d'Alembert sur les spectacles*, Fumaroli vuelve sobre el tema de las relaciones entre cultura y sociedad, tema eterno pero de importancia mayor para nuestro tiempo. La prueba es que, hoy como entonces, ya ha saltado la polémica en torno a este ensayo, rica en acentos y réplicas de todas partes. Quizá también desde España, si el modelo culto francés tan a menudo por Fumaroli sigue suscitando todavía alguna admiración entre nosotros. ■

José Luis Colomer es doctor en Filología por la Universidad de Bletina y profesor asociado del Collège de France en París.

POESÍA TRASCENDENTE

Por Juan Malpartida

Título: «Casi una leyenda».

Autor: Claudio Rodríguez.

Editorial: Tusquets, Barcelona 1991.

Precio: 1.000 ptas.

CLAUDIO Rodríguez (Zamora, 1934) es un poeta singular dentro de una generación llena de poetas singulares (Jaime Gil, Valente). Su obra, construida con lentitud y ajena a las demandas que se suslehenacer al escritor cuando se convierte en personaje público, ha sido fiel a sí misma. Su crecimiento tiene una característica que me atrevería a llamar natural, aunque esta palabra siempre sea un poco peligrosa cuando se aplica a la literatura. A lo largo de sus cinco libros publicados, Rodríguez ha sido fiel a ciertas obsesiones temáticas, e incluso a ciertas inclinaciones en el uso del lenguaje. No quiero decir que su obra no haya cambiado (no es el mismo de *Conjuros*, por ejemplo), sino que los cambios se han dado sobre una misma materia que al transformarse revela facetas de sí misma.

Claudio Rodríguez debió con un libro inesperado, *Don de la ebriedad* (1953). Vicente Aleixandre, al que nuestro poeta estuvo muy vinculado, como muchos otros de su generación y no sólo de ella, pensó que después de ese libro Rodríguez no volvería a escribir. Pensaba en Rimbaud y su silencio, su dimensión de la poesía. O tal vez que no volvería a escribir porque ya lo había dicho y lo mejor era el silencio. No fue así. Hay veces que la obra está muy relacionada con un ángulo de la propia biografía, quiero decir, que ésta acaba conformando el po-

liedro biográfico en una sola imagen, y así el escritor parece condenado a no poder escribir nada más. Es una visión un tanto sustancialista de la noción de personalidad creativa. Todos sabemos que el yo es plural, de lo contrario Shakespeare y Fernando Pessoa no hubieran sido posible. El uno tiene la capacidad de vivirse como otro, de ver que su fundamento no es tanto la coincidencia consigo mismo como la alteración constante de lo que es en una identidad errante. Bien, aunque Claudio Rodríguez siguió escribiendo, lentamente y con varios años siempre de separación entre libro y libro, lo cierto es que ese libro quedó ligeramente aislado respecto a la obra posterior. Sus torres de endecasílabos siguen brillando como un mito en medio de una obra que, aquí y allá, ha alcanzado momentos de verdadera intensidad, al lado de vaguesades y repeticiones. No todo en la obra de Claudio Rodríguez es de primera. Tampoco en este libro, por lo demás de calidad. La crítica de manera unánime ha sido beata. Flaco favor al poeta y al lector. Pero esto no es nuevo en un país que carece de críticos aunque pleno de opinadores y de reseñistas. Esto mismo que lees, *amable lector*, es una reseña.

Adjetivación

Los temas, salvo por la mayor presencia de la ciudad, no son nuevos en *Casi una leyenda*: el espacio mítico, la poesía como un acercamiento a lo indecible, la sensación de que no se puede vivir después de haber experimentado ciertas revelaciones, la muerte, etc. Es cierto, los temas no suelen cambiar mucho en casi nadie. Borges decía que ha-

bía dos o tres tópicos en la literatura y que ésta no era otra cosa que sus variantes. Quizá los momentos mayores de este libro tengan que ver con esas pequeñas visiones de lo trascendente, la acentuación de la visión como una contemplación que transforma el tiempo y el espacio en pura materia. No creo que haya conseguido expresar adecuadamente la sencillez cotidiana, que Rodríguez, aquí y allá, trata de exaltar con un lenguaje mimético, creyendo (o dejándose llevar) que ciertas particularidades del lenguaje hablado y oído por él, tiene más carga de significación que una invención poética. Además, las repeticiones en la adjetivación, el exceso de adjetivación, se hace notar. Toda poesía es economía verbal. ¿Cuánta? La justa. Sabemos que no hay regla, pero una vez que se escribe el poema, el mismo dice lo que le sobra o lo que le falta. Hay un cierto abuso de la expresión «que es» «y es». Cuando a la mirada se la adjetiva en dos versos de «delicada», «sencilla» y «serena», la mirada ve menos. Decir esto de un poeta consagrado tal vez no guste a muchos; pero es lo que pienso. Y creo que Claudio Rodríguez es uno de los mayores poetas de su generación; pero no lo es por todo lo que ha escrito, y este libro, que tiene, no sé si grandes poemas, pero sí momentos de gran belleza y profundidad, no es de lo mejor suyo. Por lo demás, esto no es más que una reseña (y una señal): todo verdadero lector ha de decidir leyendo *Casi una leyenda*. ■

Juan Malpartida es redactor-jefe de la revista *Cuadernos Hispanoamericanos*, novelista y poeta.

